

—No.

—Jaghenka...

—¿Qué?

Zbishko lanzó un profundo suspiro y solo dijo después:

—¡Jaghenka!...

—Habla.

—Tengo miedo.

—No temas, que no soy ninguna serpiente.

—Matzko dice que te desea, pero no para sí.

—Sí, pero...

—¡Santo Dios! ¿y tú?

—Mi padre, el abad, yo... ¿sabes?

Zbishko abrazó á la muchacha, exclamando:

—¡Jaghenka, Jaghenka, hermosa mía, adorada de mi alma!

Matzko, al oír aquel rumor, apareció en el umbral y comprendió.

—¡Calma! ¡calma!—dijo campechanamente.

Los jóvenes se lanzaron hacia él, que murmuró:

—Bendito sea el nombre de Jesús, se ha cumplido mi deseo, vamos á Zgogelitz. Cuánto daría porque viviesen Zich y el abad; pero yo vivo y os amaré por los dos.

Matzko, conmovido, repetía:

—Vale más oro que pesa; dichoso él.

Cuando abandonó la estancia, viendo en el jardín amarillos girasoles, exclamó:

—Tenéis muchos pétalos, pero mis sobrinillos serán aún más numerosos; Bogdanetz, Spichov, Mocidoli y hasta Fuchof, cuando muera Vilko, serán sus feudos.

Jaghenka y Zbishko acercáronse á los caballos ya ensillados, y el anciano los abrazó una vez más, gritando:

—¡Bendígaos Dios, que al daros la felicidad cumple mis más caros votos!

UNDECIMA PARTE

I

Zbishko y Jaghenka vivían en Mocidoli, mientras el viejo Matzko hacía construir para ellos un viejo castillo en Bogdanetz. Algunas dificultades ofrecía la construcción porque quería el viejo que las paredes maestras fueran todas de piedra y la torre principal de sólidos ladrillos, que abundaban poco en la comarca.

El primer año hizo construir los fosos, lo cual no le costó mucho, porque precisamente el sitio escogido para elevar el edificio estaba rodeado de un terreno bajo, en el cual, con sólo arrancar los arbustos, podía fácilmente ahondar el foso. Al intentar tal operación se descubrió un manantial de agua que inundó las escavaciones, y fué preciso que Matzko mandara hacer algunos desagües para que se pudiera continuar trabajando. Después reunió con sumo cuidado todos los materiales de construcción, jáce-

nas enormes de encina que tres hombres no alcanzaban á abrazar, y por más que los aldeanos de Zgogelitz y de Macidoli se brindaron á ayudarle, el veterano no empezó el edificio hasta un año más tarde, poniendo entonces manos á la obra con gran entusiasmo porque Dios había enviado á Jaghenka unos mellizos.

Alegrísimo estaba el caballero porque sabía desde entonces que el linaje de los «Grady» no se extinguiría y el escudo con la herradura continuaría venciendo al enemigo.

Los gemelos se llamaron Matzko y Jasko, el abuelo de todo corazón como la madre, pasábase el día acariciándoles y no había cosa que quisieran los muñecos que por ellos no hiciera el viejo guerrero.

Zbishko era de todos envidiado, porque su esposa brillaba en el país entre las demás señoras como una flor de un jardín cuidadísimo brilla entre las humildes florecillas de los prados. Había traído en dote su amor, su espléndida belleza, magníficas propiedades, la dignidad y el valor propios de un caballero.

A los pocos días del parto encontrábase tan atrevida como antes de él, y corría con su marido por bosques y montes, desde Mocidoli hasta Bogdanetz, desde el amanecer hasta el mediodía, para volver en seguida al lado de sus hijos. El amor sonreía en torno de ella, en quien adoraban su esposo y Matzko y se sentía querida por todos los criados, á quienes siempre trataba con humanidad, y cuando los domingos iba á Ksesno, la acogían las gentes con un murmullo de respeto y veneración.

Su antiguo novio, el terrible Chtan de Rogov, se había casado con la hija de un aldeano, y cuando por las tardes bebía en compañía del viejo Vilko de Bgiosov, murmuraba: «Me batí muchas veces por ella con vuestro hijo; pero tanto valía pelearse por la luna.»

Muchos decían que mujeres como Jaghenka únicamente era posible hallarlas en la corte de Cracovia, porque

además de su belleza, riqueza y modestia, era muy apreciada por su fuerza. «¡Qué mujer! decían todos; es capaz de ir al encuentro de un oso, y no tiene necesidad de los dientes para romper las nueces, pues apretándolas con el puño las destroza». Pero aunque todos envidiaron la fortuna de Zbishko, á nadie extrañaba su fortuna, porque conocían el valor del caballero y ni uno solo se sentía capaz de emular sus gloriosos hechos.

Los jóvenes cantaban las aventuras de Zbishko entre los alemanes, los estragos que causó en las peleas sostenidas á las órdenes de Vitoldo y recordaban que en Malborg había sacado de la silla á doce caballeros, entre los cuales se contaba el hermano del gran maestre Ulrico; alguno afirmaba que Zbishko hubiese podido competir con los mejores caballeros de Cracovia y se alegraban de que Zavisicia fuera su amigo y no su adversario.

Había quien no creía lo que se decía respecto del joven, pero siempre que se trataba de escoger caballeros para ir á la guerra, al primero á quien se dirigían era al caballero de Bogdanetz, siguiendo después Chtan y otros inferiores en habilidades caballerescas, y hasta en valor, al sobrino de Matzko.

Las grandes riquezas que poseía contribuyeron también á la estimación y al respeto que Zbishko inspiraba. Aun no contando con lo que había recibido en dote de Jaghenka, tenía el famoso guerrero la posesión de Spichov con todas las riquezas de Jurand; y la gente decía además que el botín adquirido en la guerra por los dos caballeros de Bogdanetz valía por sí solo tanto como dos ó tres aldeas.

Todas aquellas prosperidades indicaban claramente la benevolencia de Dios para con la estirpe de los Grady; en pocos años, el que sólo era dueño de Bogdanetz se había convertido en el primer propietario de la comarca, y allí donde por falta de braceros quedaba la tierra sin cultivar, iba á surgir del suelo un gigantesco castillo.

Al general asombro se unía cierto sentimiento de com-

placencia, imaginando las gentes que quizá la bendición de Dios extendería sobre toda la comarca; así es que los nobles de Bogdanetz no inspiraban envidia, sino admiración, y eran citados como ejemplo de lo que puede obtener un hombre valeroso, fuerte y decidido á combatir sin descanso y sin tregua á favor de su patria y de su rey. Muchos caballeros pensaban que cerca de la frontera enemiga había muchas riquezas que conquistar, y el ejemplo de Matzko y de Zbishko hacía que un estremecimiento de codicia corriera por sus venas, imaginando lo mucho que en poco tiempo era dable hacer cuando á la resistencia del cuerpo se une la indomable actividad del espíritu. El rey, que era partidario de la paz, y sus prudentes consejeros de Cracovia, podían á duras penas reprimir los ímpetus guerreros que alentaban en el fondo del corazón de todos los ciudadanos, pero ninguna potencia humana era capaz de evitar que estallara una guerra si el eterno enemigo del país persistiera en insultar á los indefensos habitantes.

II

Matzko había alcanzado el mayor grado de felicidad posible; á menudo decía que había obtenido cuanto deseaba, y la vejez, aun cuando había blanqueado su cabeza y su barba, no le quitó ni la fuerza ni la salud. Su corazón se alborozaba y la expresión de su rostro, antes muy altiva, era bondadosa, y en sus ojos brillaba una llama de benevolencia. El viejo pensaba que las calamidades y los trabajos habían cesado, y en lo sucesivo nada turbaría los últimos días de su existencia, que transcurría plácida y tranquila como las aguas de un riachuelo límpido y sosegado atraviesan por la umbrosa floresta. Combatir, vencer, poseer y ocuparse después en la vejez de los sobrinillos, tal había sido siempre el sueño de Matzko, y aquel sueño se había realizado. Las tierras daban buenos frutos, los bosques se habían roturado, y allí donde antes crecían los árboles, surgían ahora apretadas espigas; en los prados pacían carneros y caballos.

Matzko daba grandes paseos todos los días por prados y bosques, y observaba que Bogdanetz había cambiado por completo de aspecto; ahora era rico y poblado y desde lejos el viandante advertía su torre maciza y sus altas

murallas que fulguraban bajo los rayos del sol poniente. El viejo Matzko mostrábase contento y nunca replicaba á los que le decían: «Sois un hombre feliz». Un año después de nacer los mellizos, vino al mundo otro niño al que Jaghenka, en memoria de su padre, llamó Zich. Matzko estaba contentísimo y no se preocupaba al pensar que si la joven continuaba por tal camino, las riquezas de la familia tendrían que subdividirse con exceso.

—¿Qué teníamos nosotros?—preguntó un día á Zbishko, que le hablaba de tal asunto.—El viejo Pakosc de Tulavitz tiene sólo una misera aldea y dos hijos, y sin embargo no mueren de hambre. ¿Acaso no quedan muchas tierras por conquistar en Lithuania? ¿No poseen sinnúmeros castillos y riquezas esos perros cruzados? ¡Ah! si Dios quisiera... el rey podría entrar á sangre y fuego en sus comarcas.

La Orden tenía un infinito poder y riquezas, y con su ejército superaba de mucho las fuerzas que los polacos podían oponer, cuando el viejo veterano pensaba en conquistar los castillos de los cruzados, para que pasaran á ser propiedad de sus sobrinillos. En la vasta extensión de Polonia, muchos eran los que pensaban de aquel modo; en la conciencia del pueblo se agitaban un entusiasmo, una voluntad reprimida que buscaban ancho campo en que esplayarse.

Cuatro años después del matrimonio de Zbishko quedó terminado el castillo á cuya construcción ayudaron no sólo los braceros de los alrededores, sino también los de Zgogelitz, Mocidoli y demás posesiones; el anciano Vilko de Bgiosov también prestó su cooperación y fué gran amigo de Matzko y de sus sobrinos. Lleváronse al castillo el botín de guerra, las riquezas de Jurand, la herencia del abad y la dote de Jaghenka; Zbishko, con la mujer é hijos, pasó á habitar la fortaleza, y un año después estaban terminadas todas las dependencias, las cuales se construyeron de piedra á fin de que durasen mucho tiempo.

Matzko prefirió permanecer en su nido y á los ruegos de Jaghenka y de Zbishko contestaba negativamente justificando así su negativa:

—¡Quiero morir donde he nacido; durante la guerra de los Grimalti con los Nalenci, en Bogdanetz fué todo arrasado, solamente se salvó mi casa. Todos decían que se salvó de las llamas por virtud del musgo que cubría la techumbre; sin embargo, yo sigo creyendo que la clemencia de Dios salvó mi hogar de la destrucción. Cuando estaba lejos de estos queridos lugares quejábanse amargamente de mi destino, sin pensar que aún tenía en este rincón una casa donde cobijarme. Por eso ahora no pensaré jamás en abandonarla.

Y el viejo, aunque allí permaneciese, hacía frecuentes visitas al castillo para gozar de la compañía de Zbishko y de Jaghenka y poder admirar el esplendor y riqueza de la vivienda.

Todo aquello había sido dispuesto por él, todo había pasado por sus manos y volviéndolo á ver, gozaba admirando su obra.

De vez en cuando, Vilko iba en busca de Matzko y junto al fuego echaban un párrafo. Otras veces el viejo señor de Bogdanetz le devolvía la visita. Un día exclamó:

—En este momento no doy crédito á mis ojos; las aventuras de Zbishko en Cracovia, el castillo real,—donde por poco no nos cortan la cabeza—en Masovia, en Malborg, cerca del príncipe Janush... ¿Quién había de decir que llegase el día para mi sobrino de ser también castellano? Cualquiera diría que marido y mujer han pasado la vida entera de esta suerte, tal es el modo de llevar su nueva posición. Son unos verdaderos castellanos. Hay en el castillo un gran salón donde Zbishko y Jaghenka sientan á su mesa á toda la servidumbre; sus asientos más altos que los de sus servidores, siguiendo la costumbre de la corte.

—Que Dios les conceda toda clase de felicidades,—murmuró el viejo Vilko.

Y después, inclinando melancólicamente la cabeza, agregó:

— ¡Y mi pobre hijo ha muerto!

— ¡Acatemos la voluntad de Dios!

— ¡Qué diablo! Tenía cinco hijos y todos han muerto... el último era el más fuerte, y ese también...

— Mejor hubiera sido que muriese Chtan.

— ¿Chtan? Es fuerte, sí, pero mi hijo lo ha vencido muchas veces; Chtan es un estúpido que se deja pegar por su mujer.

— Sí, estúpido como un ganso, — repitió Matzko, que no perdía ocasión para atizar el coraje de Zbishko, recordando el combate de Malborg.

Matzko ensalzaba el tacto y pericia de su sobrino en la administración de sus propios bienes, sin los cuales no podría sostener el rango de gran caballero, más queriendo que Vilko se diése cuenta de aquella fortuna, agregó en voz más baja:

— Tenemos muchas riquezas, más de las que cree la gente; pero que nadie lo sepa...

Sin embargo, la gente no era tonta y corrían fábulas estupendas, especialmente de los tesoros que llegaron de Spichov. Decíase que la mayor parte del dinero había llegado de Masovia en enormes barriles y habiendo hecho después Matzko un préstamo al señor de Konetzipol creció la fantasía del pueblo que acabó por creerle dueño de inmensos tesoros.

No faltaban nunca huéspedes en el castillo, y Matzko, aunque avaro, no economizaba nada sabiendo que una mesa bien provista hace honor a una familia.

Festejábanse los bautizos con verdadera pompa y las damas principales del contorno acudían al castillo en unión de los más principales caballeros, celebrándose fiestas brillantísimas.

En una de estas, Matzko decía á Zbishko y á Jaghenka mirándoles complacido:

— ¡Esto es digno de la corte!

Zbishko que había recobrado todo su vigor, parecía rejuvenecido y cuando vestía su traje purpúreo, adornado de oro y plata, no sólo su tío, sino todo el mundo exclamaba:

— ¡Es un verdadero príncipe!

En cuanto á Jaghenka, todos los caballeros que conservaban las costumbres de occidente doblaban ante ella la rodilla proclamándola dama de sus pensamientos, por su belleza y su juventud. El viejo presidente de Konetzipol, que era al propio tiempo gobernador de Serads, la miraba plácidamente y decía que asemejaba al sol que rejuvenece hasta á los viejos.

III

Así pasaron cinco años. En los dominios del viejo caballero de Bogdanetz reinaba la paz y el orden más completos, y sobre la torre del castillo ondeaba la gran bandera en cuyo centro veíase dibujada una herradura.

Jaghenka dió á luz por cuarta vez y al recién nacido se le puso el nombre de Jurand.

Matzko dijo un día á Zbisko:

— Si Dios nos enviase ahora...

Zbishko, comprendiendo, repuso:

—¿La guerra?

—La guerra... moriría contento.

—La guerra por ahora...

—Tal creo; mientras viva el Maestre Kusad la guerra no estallará.

—Es que no vivirá eternamente.

—Yo tampoco viviré eternamente. Por eso pienso...

—¿Qué?

—No me preguntéis mas. Iré á Spichov y quizá á Plotzk y á Cersk.

La respuesta no asombró á Zbishko, porque su tío iba frecuentemente á Spichov.

—¿Y estaréis ausente mucho tiempo?

—Más del que acostumbro.

Algunas semanas después de este diálogo, Matzko partió con carros y armas diciendo que tardaría en regresar.

Habían transcurrido seis meses y el viejo no daba noticias suyas; Zbishko empezó á impacientarse y envió á Spichov un servidor, el cual encontró á Matzko cerca de Serads y siguió en su compañía.

El caballero, que estaba malhumorado, preguntó cómo iban los asuntos del castillo y tranquilizado al saber que todo iba viento en popa, habló de su viaje.

—He estado en Malborg.

—¿En Malborg?—preguntó Zbishko asombrado.

Después añadió:

—¡Santo cielo! ¡yo que me había olvidado de ello!

—Tú has cumplido tu voto,—añadió Matzko,—y yo quiero mantener mi juramento.

El rostro del viejo se nubló, presentaba un aspecto amenazador y orgulloso como en aquel tiempo en que con Vitoldo y Skirvoillo luchaba contra los templarios.

—¿Y qué?

—No ha aceptado mi cartel.

—¿Por qué?

—Porque fué nombrado gran Komtur. (1)

—¿Kuno Lichtenstein gran Komtur?

—Sí, quizá llegará á ser Maestre. ¡Quién sabe! Cree ahora que es un gran príncipe, y afirma que todos los asuntos de la Orden se le consultan y que el gran Maestre no toma ninguna resolución sin su consejo.

—¿Y qué dijeron al veros llegar?

—La princesa Alejandra en Plotzk, me dijo sonriendo: «¡Bravo! desafía si quieres hasta al emperador romano. A Lichtenstein le enviaron carteles Zavisca el Negro, Povala y Pasko de Biskupitz; no los aceptó; no se le puede acusar de cobardía porque sus votos de monje y su alto cargo le impiden combatir.» Hé aquí lo que dijo la princesa.

—¿Y qué le contestasteis?

—Le dije que lo sentía mucho, pero que de todos modos iba á Malborg para poder decir á la gente: «He hecho cuanto era posible.» Rogué á la princesa que me diera algunas cartas de recomendación porque si no es bastante difícil salir con vida de Malborg que es el cubil del lobo. Estaba yo algo intranquilo y pensaba: «De todos modos y á pesar de que no has querido batirte con los otros, cuando en presencia de los nobles y de los huéspedes te agarraré por los bigotes y por la barba, de fijo te batirás conmigo.»

—¡Oh, querido tío!—exclamó Zbishko con entusiasmo.

—Para todo hay remedio mientras queda vida,—añadió Matzko.—El señor hizo que no encontrara en Malborg á Lichtenstein. Me dijeron que había salido como embajador para Viena; yo permanecí indeciso, pues no sabía si quedarme ó marchar. Como conozeo un poco á varios de los cruzados, les confíe el secreto de mi visita y me dijeron que no conseguiría mi objeto.

—¿Por qué?

(1) Comendador.

—Por la misma razón que me dió la princesa Alejandra. El gran Maestre me contestó: «¿Qué hubieseis pensado si yo aceptara los carteles de desafío de los caballeros polacos ó de los de Masovia?» Habló bien, porque si hubiera aceptado de fijo que estaría muerto hace mucho tiempo. Esto me lo decía en el comedor. ¡Qué rumores, qué gritos! Todos se levantaban en pie diciendo: «Kuno no puede batirse, pero si nosotros.» El Maestro únicamente consintió un duelo con uno de los parientes de Kuno.

—¿Y...?

—He traído su coraza; pero hendida como está no vale un cuarto.

—Pues bien, cumplisteis vuestro juramento.

—Al principio lo creí; pero después reflexionando advertí que el juramento subsistía, y hé aquí por qué no estoy contento.

Zbishko trató de consolar á su tío.

—Ya me conocéis y debéis comprender que en tal materia soy bastante quisquilloso, pues bien, si me hubiese ocurrido lo que á vos, me daría por satisfecho, y estoy seguro de que á todos los caballeros de Cracovia les pasaría lo mismo.

—¿Lo crees así?

—Estoy seguro. Pensad que los mejores caballeros del reino han desafiado también á Lichtenstein y que ni uno siquiera ha tenido la satisfacción que á vos se ha dado. Jurasteis matarle á él y si no lo hicisteis, por lo menos habéis enviado al otro mundo á uno de su familia.

—Sí, así es...—murmuró el viejo,

Zbishko le preguntó:

—Decidme, ¿era joven ó viejo? ¿Combatisteis á caballo ó á pie?

—Tenía unos treinta y cinco años y llevaba toda la barba; nos batimos á caballo y al poco rato echaba sangre por la boca.

—¿Y os quejáis de ser viejo é impotente?

Matzko llevó á su sobrino á la armería y le enseñó la coraza del vencido.

—Preferiría que fuera la de Kuno.—murmuró el veterano.

—No contrariéis la voluntad del Señor y consolaos, porque si Kuno llega á ser gran Maestre no podréis batiros con él hasta que estalle una gran guerra.

—He procurado enterarme de lo que dice el pueblo,—repuso Matzko,—y me parece que las opiniones andan divididas. Unos creen mejor elegir á Ulrico y otros á Kuno.

—Yo preferiría á Ulrico.

—Tienes razón. Ulrico es menos perspicaz que Kuno y más impetuoso. Así aceptaría una guerra para conquistar gloria. ¿Quién sabe si veremos esa guerra?

—¡Ojalá estallase! Hay nuevos motivos de discordia entre polacos y cruzados?

—Sí; los cruzados siempre están pensando en adquirir nuevas posesiones territoriales.

—Entonces me parece que no tardaremos mucho en ver la guerra.

—¡Quién sabe! De todos modos lo mejor es prepararse á todo evento y así no nos cogerán de sorpresa los sucesos.

IV

Jasko de Zgogelitz, hermano de Jaghenka, fué el primero que llevó la noticia á Serads y á Bogdanetz, donde fué recibida con gran alegría.

Jaghenka hizo que Zbishko besara á sus hijos, como si debiera partir, pero el joven sabía que la guerra no estallaría tan pronto. Por lo que pudiera tronar junto con Matzko escogió caballos, armas y escuderos y adiestró á los vasallos que debían seguir sus banderas. En aquella comarca todos estaban ansiosos de ver estallar la guerra, y los domingos, cuando se reunían en el atrio de la iglesia, nobles y pecheros hablaban de la actitud en que suponían que estaba Jaghellon y el gran Maestro.

En Kscesno el pueblo rodeaba á Matzko y á Zbishko porque estos conocían á los templarios y ya se habían batido con ellos; la opinión general era que debía hacerse una guerra sin cuartel: ó aplastar al enemigo ó quedar todos arruinados.

Transcurrían los días pero la deseada guerra no se declaraba. Hablábese de litigios entre el rey y la orden, pero algunos dudaban ya de que llegara ya el día de la lucha,

pues como de costumbre, esos litigios se dirimían por medio de tratados y de embajadores.

Ni el mismo Matzko sabía qué pensar, Partió para Cracovia para saber noticias. Sólo estuvo allí seis semanas y volvió satisfecho y contento.

Cuando llegó á Kscesno le rodearon las gentes del pueblo como de costumbre, pues deseaban que les diera nuevas, y él con ademán grave, y en alta voz, preguntó:

—¿Están puestas las picas? ¿habéis afilado las hachas?

—¡La guerra! ¡la guerra! exclamaron cien voces á un tiempo.—¡Ea! decidnos, ¿qué habéis visto? ¿qué ocurre?

—¿Qué ocurre? Muchas y buenas cosas. ¿Qué he visto? A Zindarm de Moshkova.

—¿Y Dresdenka?

—Es un castillejo que no vale la pena.

—No basta esa cuestión para declarar la guerra, ¿verdad.

—¿Quién sabe? De todos modos,—añadió Matzko,—esperad con paciencia.

Así debían hacerlo; muchos empezaban á dudar ya de que esta vez estallara el conflicto; Matzko esperaba.

Se cazaba continuamente búfalos, ciervos, gamos y se ahumaba la carne que después se almacenaba en Plotzk; era evidente que se recogían víveres para un ejército numeroso.

Matzko sabía por experiencia que Vitoldo se preparaba siempre con gran cuidado antes de emprender una guerra. El teheque que administraba la posesión de Spichov envió á Matzko algunos soldados que querían vengarse de los cruzados á los que odiaban con toda su alma. Estos mataban cuantos fugitivos caían en sus manos pero el pueblo prefería conservarlos á fin de tener noticias de lo que ocurría en la frontera.

De todas partes llegaban viejos mendigos, músicos ambulantes, clerigalla que explicaban lo que ocurría en Germania. Los preparativos de la guerra, el miedo que sen-

tían los cruzados, el aumento del ejército. En Cracovia los consejeros del rey conferenciaban con los fugitivos y tomaban notas.

Un clérigo escapado de la capital de la Orden, contó que el Maestre Ulrico y muchos cruzados despreciaban á los polacos creyendo que con un golpe vigoroso acabarían con su poder. Repetía las palabras textuales pronunciadas por el gran Maestre en Malborg: «Cuanto más numerosos sean, más baratas venderemos sus pieles en Germania.»

Los cruzados no se preocupaban poco ni mucho, confiados en su propia fuerza y seguros del auxilio que les prestarían sus aliados.

—El joven castellano de Bogdanetz no se daba punto de reposo; de continuo pensaba en la gloria y los honores que recabaría y sin cesar echaba pullas á su tío como si la guerra dependiera de él.

—La augurasteis y ya veis que ahora...

—¿Tú que tienes buena vista, no ves lo que se prepara?

—El rey quiere la paz, todos lo dicen.

—¿Quiere la paz? ¿pues quién, sino él, ha dicho Dresdenka es mía? Los cruzados la quieren para sí; es verdad que el rey no quisiera verter sangre cristiana; pero sus consejeros le persuaden de la necesidad de hacerlo.

—Me han dicho que Conrado invistió á Dresdenka á pesar de temer al rey.

—Sí, le teme porque sabe la fuerza de Polonia, pero su instinto de latrocinio disipó su temor. En Cracovia supe que el viejo De-Osten, propietario de Dresdenka se hizo súbdito del rey y entonces el gran Maestre le llamó á su castillo y embriagándole obligóle á firmar una carta. Tal es el origen del litigio actual.

—¿Y si los alemanes entregan á Dresdenka?

—No lo creas. Los alemanes no devuelven jamás lo que roban aunque les abran el vientre; esperemos, que muy pronto los vamos á despanzurrar.

—Sí,—exclamó Zbishko.—Conrado quizá hubiese devuelto la presa, pero Ulrico no; es un imprudente.

Mientras los dos señores de Bogdanetz hablaban confiadamente pensando en lo que ocurriría, los acontecimientos se sucedían rápidamente, como la piedra que desprendiéndose de lo alto de una montaña acelera su caída y se precipita con velocidad y adquiere mayor energía.

Cierto día se esparció la nueva de que los alemanes habían asaltado Santok, ciudad polaca, y que el Maestre Ulrico, cuando supo que los asediados le enviaban un embajador se alejó de allí para no recibirlo.

Una de sus primeras disposiciones cuando alcanzó el poder fué la de ordenar que en todos los documentos que se dirigieran al Rey ó á los polacos se usara la lengua alemana en vez de la latina, demostrando así cuales eran sus intenciones. Los consejeros de Cracovia, que en secreto deseaban la guerra, comprendieron que el gran Maestre estaba resuelto á principiarla y á proseguirla.

Los otros jefes de la Orden, menos impetuosos que Ulrico y que conocían mejor á Vitoldo, trataban de captarse sus simpatías por medio de ricos presentes y toda suerte de protestas de amistad.

—Hay dos bienhechores de la Orden,—decían los embajadores de los cruzados inclinándose ante él.—Uno es Dios y otro Vitoldo y todos los deseos de éste son sagrados para los templarios.

Le rogaban que intercediera por ellos á propósito de Dresdenka pensando que quizá así Vitoldo se disgustaría con Jaghellon y sería mucho más fácil vencer aisladamente á cada uno de los príncipes que á los dos reunidos.

Los de la Orden se engañaron al juzgar á Vitoldo. Este no quiso interceder para con ellos ni darles la razón. La hora de la lucha se acercaba.

Una noche, mientras Matzko, Zbishko y Jaghenka to-

maban el fresco en la puerta del castillo, apareció en el camino un caballero que acercándose les echó una verde corona, gritando: «*Vitzi, vitzi*» y se alejó. (1)

Los caballeros se pusieron en pie; el rostro de Matzko tomó una espresión solemne y amenazadora.

Zbishko llamó á su escudero para que se llevase la corona y muy contento repetía:

—¡La guerra! ¡por fin la guerra!

Los criados acudieron y él les dijo:

—Subid á la torre del castillo y tocad á arrebato con la campana; corred á la aldea para propagar la noticia y preparad caballos y carros.

Los siervos no se lo hicieron repetir, porque todos deseaban la lucha, y en un momento todo estuvo listo para entrar en campaña. Sólo faltaba montar á caballo para marchar.

Zbishko preguntó á Matzko:

—¿No queréis permanecer en casa?

—¿Yo?

—Sí, la ley deja la facultad de defender mujeres y niños á los hombres de edad madura.

—No en balde Dios me ha alargado la vida.

La espresión sombría de su rostro indicaba claramente que toda insistencia sería inútil. El buen viejo á pesar de sus años era aun robusto y aun cuando le costaba ya montar á caballo, se consolaba pensando que á muchos caballeros jóvenes les pasaba lo mismo.

Jaghenka no temía quedar sola en casa y al oír las palabras de su consorte le besó la mano y dijo:

—No temas por mí, querido. El castillo está bien defendido, ya sabes que no soy miedosa y que así manejo la lanza como el arco. Es preciso que vosotros salvéis el reino; á nosotros no nos faltará la protección de Dios.

(1) En Polonia se llamaba á los nobles á la guerra por medio de cartas que llevaban el sello del Rey.

Se humedecieron sus ojos y mirando á los niños añadió:

—Si no fuera por estos, me echaría á tus pies y no me levantaría hasta que me permitieras ir contigo á la guerra.

—¡Jaghenka mía!—exclamó Zbishko abrazándola.

Devolvió la joven el abrazo y repitió:

—Vuelve á casa, querido mío, amor mío,

—Dá gracias á Dios de haberte dado mujer parecida,—añadió Matzko.

Una hora después la bandera desapareció de la torre como señal de ausencia del amo.

Zbishko y Matzko habían permitido á Jaghenka que les acompañara con los niños hasta Serads, y después de un suculento almuerzo todos se pusieron en camino. Les seguían los hombres de armas y los carros de provisiones. El día era sereno, no soplabá un hálito de viento. En lontananza y por el camino entre una gran polvareda se veían relucir muchas armas.

—¿Sabéis quienes son?—preguntó Zbishko.—Son las gentes del pueblo que acuden de todos lados.

Así era en efecto; cerca de Bogdanetz salió á su encuentro el hermano de Jaghenka que llevaba consigo veinte soldados. Más lejos apareció el rostro peludo de Chtan de Rogov y aun cuando no fuera amigo de los caballeros de Bogdanetz les gritó:

—¡Marchemos contra esos perros!

También el viejo Vilko de Bgiosov iba á la guerra á pesar de su edad proveya para vengar la muerte de su hijo que pereció á menos de los alemanes.

A medida que Matzko y Zbishko se acercaban á Serads las nubes de polvo eran cada vez más densas; cerca de la ciudad una gran muchedumbre se acercaba al punto de la cita. Viendo aquella multitud compuesta de hombres fuertes, robustos, gallardos, animados del soplo vivificante

de la esperanza, invencibles al hielo, al calor, á las tempestades, el viejo Matzko se alegraba en el fondo de su corazón y predecía como cierta la victoria.

V

La guerra había estallado, y los primeros encuentros no fueron favorables á los polacos.

Los templarios tomaron varios castillos y los tcheques y húngaros se interpusieron, á consecuencia de lo cual, hubo un armisticio tratando el Rey de Bohemia de favorecer á los cruzados. Al terminar la tregua de nuevo se encendió la guerra. Al principiar el verano llegaron los soldados de Vitoldo que venían guiados por el príncipe. Los alemanes eran cien mil.

El Rey quería atravesar el Drevenetz y marchar contra Malborg, pero no pudiendo vadearlo, después de destruir el castillo de la Orden que junto al río se levantaba, sentó sus reales en las márgenes de la corriente.

Se imaginaba, y en esto no discrepaba su parecer de sus consejeros lituanos y polacos, que muy pronto se libraría una batalla decisiva pero no creía que la lucha empezara tan pronto. Decíase que el gran Maestre, contento con ha-

ber cerrado el paso al Rey, quería conceder reposo á las tropas para hacer más fácil la final victoria.

Los soldados del Rey pernoctaron en Dombrov y aun cuando la toma del castillo no era de gran importancia estratégica, tanto el Rey como Vitoldo, se mostraron satisfechos de poseerlo, porque cogieron prisionera la guarnición y hallaron agua en gran cantidad.

Durante la noche del catorce al quince de Junio llovió abundantemente; el viento causaba estragos; el rayo surcaba el espacio; el trueno resonaba de un modo espantoso. A media noche el tiempo mejoró y fué posible encender fogatas; el inmenso campamento polaco-lituaniano enrojecióse y mientras secaban sus vestidos, los soldados entonaban cantos guerreros.

El Rey celebró consejo con sus capitanes. Trató en él de la presa de Childenburg y como en el asalto tomó parte el cuerpo de ejército de Serads, el Rey llamó al comandante y á Jakub de Konetzipol á fin de que explicaran como se atrevió á tomar la ciudad á pesar de las órdenes del Rey.

Jakub, temeroso de recibir un castigo, se rodeó de varios caballeros valerosos entre los que estaban Matzko y Zbishko, á fin de que testificaran que la orden del Rey se había recibido cuando estaba ya casi tomado el castillo. Añadió el jefe que en su calidad de comandante de las avanzadas creyó deber suyo destruir todos los obstáculos que encontrara en su camino.

Aquellas palabras gustaron al Rey y á Vitoldo y en vez de sufrir una reprimenda fué alabado el valeroso capitán.

En aquella circunstancia Zbishko y Matzko pudieron ver á los guerreros más célebres, porque además del Rey y de los príncipes de Masovia, Vitoldo capitaneaba á los Lituanos, á los Rusos, Valacos y Tártaros.

Estaban también entre los grandes capitanes, los consejeros cuya fama se extendía más allá de los límites de